

Relato / ASENSIO SAEZ

# Mi vecina en Hollywood

POR los hados favorecida en el sorteo de «Los mejores viajes del año», organizado por una conocida entidad bancaria, mi vecina doña Lola ha podido conocer Hollywood, dando cuerpo así al sueño dorado de toda su existencia.

—Viajar a Hollywood, después morir.

—¿No se estará usted pasando, doña Lola?

—¡Ay!, no, señor. Para mí, se diga lo que se diga, Hollywood continúa mereciendo el título de «Meca del cine». Yo es que desde muy pequeña ya disponía de una desmedida afición por el séptimo arte, que entonces se decía. En mi misal de Primera Comunión, en vez de primorosa cinta señalizadora, disponía yo de una foto en couché de Imperio Argentina, que servidora solicitó personalmente a «Cifesa» mediante oportuna carta, toda ella aderezada de faltas de ortografía y alguno que otro borrón. ¡Qué gran artista Imperio! ¿Usted no vio «Goyescas»? Película atractiva donde las hubiera, oiga. Dos papeles interpretaba en ella Imperio, tan graciosa: el de maja y el de duquesa. Había que oírle cantar el «Olé, cata-pún», canción divina. Si lo estima usted conveniente, se la apunto por lo bajini.

Doña Lola, adicta fervorosa al tema, guarda como oro en paño una nutrida colección de aquellos programas anunciadores, un día en boga, pertenecientes a los estrenos de cómodos cines sin pipas ni chicles, con moqueta amortiguadora de los pasos del zapatón, toda la sala sumergida en un silencio de saneta-sanctórum.

—Es lo que yo me digo: repasar los

bonitos programas de «Cumbres borrascosas», «Los tres mosqueteros», «Belinda», «El tercer hombre» o «Ni-notchka», ¿no es como recuperar un poco la juventud perdida?

No por hacer así o menos oportuna nostalgia del ayer, doña Lola da sus espaldas al presente. Recibe el «Hola», se horroriza con los riesgos de la ruta del «bakalao», ha sentido —ella sabrá por qué— la marcha de Corcuera y conecta complacidamente con el tema de los horóscopos. Más: como evidente signo de una puesta al día, luce en el vértice de su escote un pequeño dinosaurio en falsos brillantes, broche cancerbero de sus pechugonas abundancias. Por cierto, hablando de dinosaurios: buena sorpresa la de doña Lola al tropezarse en Hollywood con Spielberg, empujando su carrito en un supermercado, ¡calzando unas zapatillas de andar por casa! ¿Extravagancias de los genios?

Doña Lola cuenta y no acaba de su descubrimiento de Hollywood. En el paseo de Mulholland, donde reside, se tropezó inesperadamente con Marlon Brando. Visitó Beberly Hills, Bel Aire y Brentwood, con sus estatuas griegas, sus techos corredizos y sus piscinas en forma de fresa o corazón, y solicitó un espumoso en el Monkey Bar, propiedad de Jack Nicholson.

—No, amigo, no se fie usted de las lenguas viperinas que aseguran que de las glorias de Hollywood sólo quedan las sombras. No es verdad. No se ha apagado todavía la magia de sus esplendores. ¿Le gusta la frase? Tampoco, claro, la emoción de respirar el mismo aire que un día respiraron



Greta Garbo, Marlene Dietrich, Ava Gardner, Bette Davis, Ingrid Bergman, Rock Hudson, Marilyn Monroe, Gary Cooper...

—¡Vaya nómina para una funeraria de lujo, doña Lola!

—¡Ay!, no me sea usted siniestro, amigo mío!

No se perdonará nunca doña Lola haber llegado demasiado tarde a Hollywood, cuando ya de su dilecto ídolo inmarcesible en el recuerdo, sólo restaba la piadosa evocación.

—¡Usted sabe por dónde va una! Nombre a Clark Gable y muerdo entonces una rama de amarga tuera. Tarde de Todos los Santos enciendo cada año un par de mariposas en su memoria. Sepa usted que yo me casé con mi difunto Pepe, no por sus posibles económicos, que pingües los había, sino simplemente porque su bigotillo me recordaba al de Clark Gable. Tengo hoy Dios en su gloria al más sublime actor de la historia de Hollywood, con entera razón llamado «El Rey».

Con la excusa de enjugarse un par

de lágrimas, se calla doña Lola lo que todos saben: que el día de su boda con Pepe, éste llegó a la iglesia a la hora convenida, hecho un brazo de mar, como las circunstancias demandaban, ajeno a la tragedia que se le avecinaba a todas luces, pues por parecer más juvenil y jacarandoso ante los ojos de doña Lola ¡se había afeitado el bigote! Por decisión expresa de la novia y ante la sorpresa de cura e invitados, hubo de suspenderse la ceremonia hasta semanas más tarde, cuando Pepe pudo lucir de nuevo su bigotillo de marras.

—¡Cómo ha de ser, amigo! Por designio de Dios, cuando una ha visitado Hollywood de bigotillo de mi Clark sólo restaba un leve montocillo de ceniza en el recuerdo. Oiga usted, lo que no fue óbice para que una, paseando por las calles de Hollywood, dejase de caer a gusto en aquella tentación de imaginar que, de haber abrazado una la profesión de peluquera y de haber abierto a la vez una buena peluquería en Hollywood, lo más probable es que

un día las puertas de mi elegante establecimiento hubiesen dado paso a Clark Gable, dispuesto a que servidora le retocase convenientemente el bigotillo, y no sigo, pues a la vista salta, que el vello se me eriza. ¡Soñar cuesta tan poco!

—Por mi, sueñe usted lo que le venga en gana, doña Lola.

—¡Aquellos «Mares de China», «Danzad, locos, danzad», «Lo que el viento se llevó»...!

La verdad es que doña Lola viene a salir una terca, un tanto enfermiza, forofa de Clark Gable, ni siquiera hay que insistir. Como doña Lola viene a salir una terca, un tanto enfermiza, forofa de Clark Gable, en lugar preferente de su bonita sala de estar, entre la repisa de metacrilato con el payaso de Lladro y el llamativo televisor con mando a distancia para el oportuno «zapping», doña Lola tiene entronizado el retrato de Clark Gable pintado al óleo por un buen amigo aficionado al arte de Picasso, sólo que en clase de pobre.